

La última lágrima

Alberto Cañas

Volver la mirada hacia atrás implicaría contemplar la ventana del que hasta anoche fue su dormitorio. Mejor quedarse como está, de espaldas a la casa, contra la verja de madera del pequeño jardín. Por primera vez se siente sola. Y esa sensación tiene más de premonición que de nostalgia. Sola contra la verja, esperando ese taxi que no llega.

Del reloj de la iglesia cercana caen las ocho. ¿Cuánto hará que pidió el taxi? Lo lógico —ahora se le ocurre, precisamente ahora, con las ocho campanadas— sería que su madre se hubiese quedado junto a ella, contra la verja, hasta que llegase el taxi. Pero la despidió en la puerta. Es fácil comprender que la madre prefirió meterse en la casa corriendo, no para que la despedida fuese fría, sino porque no deseaba una despedida demasiado cálida, acaso con llanto de las dos. La muchacha sonrío: sí, esa fue la razón. Para eso, para evitar el llanto, fue que la madre no se quedó junto a ella; para eso, para evitar el llanto, la ha dejado sola, con su maleta a los pies, esperando el taxi contra la verja de madera.

Y por eso —claro, precisamente por eso— es que ella no quiere volver los ojos hacia atrás ni ver la casa ni contemplar su ventana. Mirando hacia adelante, sólo montañas ve. Las de siempre, las de toda su vida. Pero esas montañas nada significan en este momento. Detrás de ella, la casa, su casa, hasta hoy su casa; y delante, las montañas sin significado, o con muchos significados abstractos e invisibles. En su nueva etapa, desde el apartamento donde a partir de hoy vivirá, no verá las montañas; al menos, no esas montañas; en todo caso, no el mismo rostro de esas montañas. Después de más de veinte años de tener esas montañas como primer espectáculo cuando se asomaba a la ventana o a la puerta, le será fácil detectar el más mínimo cambio que ofrezca el nuevo puesto de observación. La contemplación de este momento —no hay duda— es la última. La última, desde su casa.

Lo de anoche no fue exactamente un incidente. Más bien fue una conversación tranquila, y las palabras un poco furiosas del padre debieron ser más bien a celos. El "viejo feo", como ella siempre le ha llamado con caricias, decidió a última hora que no desea que su hija viva lejos. Pero tampoco quiere que siga la carrera que ha elegido. Y sin darse cuenta, puede que con profundo afecto pero sin la elocuencia que habría facilitado las cosas, ha terminado por hacerle la vida casi imposible.

¿Por qué ha tenido que cuestionar todos los días, a todas horas, la decisión de la hija? Algún día declaró que la aceptaba, pero esto duró poco y luego volvió sobre el tema: él esperaba verla convertida en una profesional diferente, no dentro de esa carrera que para él —ella lo comprende— es un tránsito por caminos desconocidos, llenos de acechos, de peligros, con riesgos de desfiguración. ¿Por qué no algo más estable, más productivo, más conforme con una tradición familiar de horarios fijos e ingresos fijos? Si, hubo un poco de furia en ciertas palabras de anoche, la última noche, pero no fue un incidente. Fue una despedida, pero está visto que nadie en esta familia admite una despedida sentimental, aunque no haya en ella fuga ni rompimiento; sólo una declaración de independencia. ¿Les parece poco?

Las otras dos estudiantes ocuparon el apartamento ayer. Ella las acompañó, las ayudó a acomodarse, y dejó previsto el ámbito preciso que ocupará dentro de un rato. Claro, todo cambio implica la construcción de ilusiones novedosas, pero no hay nada más difícil que alejarse: de la perspectiva de las montañas, de la casa, de la jugó y corrió; y de los vecinos, a quienes conoce por nombre, apellido, costumbres y vicios, con quienes habla confianzadamente, y que le hablan igual porque la conocen desde que nació.

Todos terminan por irse. Pero los que se fueron antes que ella es que se habían casado; no que hubiesen decidido que vivir aparte sería más tranquilo, más satisfactorio, menos atado a los tentáculos del pulpo familiar. Ella vendrá aquí a menudo; siempre que pueda. Probablemente aparecerá los domingos y se quedará todo el día, como los casados con sus niños, y los domingos servirán para convencernos a todos de que los vínculos de familia están, son, existen.

Las tres que van a compartir el apartamento tienen intereses comunes. Los parientes no se escogen, las amistades sí. Tienen mucho de qué

hablar entre ellas, y lo hablarán todo el tiempo. En el apartamento no se producirán esos lagos sin luna de silencio que muchas veces acongojan y que el padre suele interrumpir con un "¿en qué pensás?" que no tiene respuesta porque la respuesta sería silenciosa y de vacío, porque no cerraría ninguna comunicación plausible.

Se puede pensar en lugares comunes: es que el mundo está enfrente, abierto, y hay que salirse al encuentro sin amarras; decisiones así debemos tomarlas todos algún día. Otro lugar común: es que mi vida es mía y la voy a conducir yo. El problema con los padres es que no acepten limitarse a lo que les toca: mirarnos vivir.

Muchas lo hicieron antes que ella, y dicen que se sienten liberadas. Ella sabe bien, liberadas de qué. En un momento de duda, se pregunta si esa liberación, si esa "como liberación" más bien, no exigirá un precio demasiado alto de rupturas. Pero no; es un precio, por supuesto, más no muy alto, y las presuntas rupturas ella está firmemente dispuesta a que no lo sean. Es perfectamente posible y verosímil que no lo sean. Si en la familia no comprendieron lo de la profesión, si parecen haber comprendido la decisión de vivir aparte. Por supuesto, habría sido preferible un lugar más cercano, pero no todo ha de salir como uno quiere. Entre esta casa que podría contemplar si volviera la mirada hacia atrás, y el apartamento, está, geográficamente, la Universidad. Ahora comprende que espiritualmente también, y esta metáfora sí le causa desazón, y cierta incomodidad. Bah, esa tendencia a hacer literatura. Vivir al otro lado de la Universidad será menos grave que vivir, digamos, al otro lado de la montaña. Pero también —se le ocurre— la montaña, tal como ella la mira ahora, mirando hacia adelante, es también una metáfora, y el otro lado de la montaña puede ser, será lo que la espera. ¿Blanco o negro? Bien, lo que la espera; lo que ella, a partir de hoy, se va a forjar. Es cuestión —anoche su propia madre lo dijo comprensivamente de mirar hacia adelante.

En este momento llega el taxi. Apresuradamente, introduce en él la pequeña maleta (ropa, objetos que le fueron regalando, algunos recuerdos íntimos, incomprensibles para otra persona) y le da al taxista la dirección, con mucha precisión y claridad. Querría decirle a este hombre hirsuto que este viaje es el producto de incompatibilidades que ella nunca esperó ni sospechó; querría decirle que algo la obliga —el verbo es obligar— a apartarse de los tiernos escenarios en que su vida toda ha discurrido; querría comunicarse con él, hacerle comprender la razón por la que una muchacha veinteañera ha esperado un taxi, sola y de pie contra una verja de madera, con una maleta a sus pies; querría enterarlo de su optimismo y de su nostalgia. Pero, claro, no va a emprender una conversación de semejante calibre con este desconocido mal encarado, que en todo caso ya echó a andar el vehículo.

Ahora sí —no hay remedio— lanza su mirada hacia atrás; y, lo que es peor, agita una mano que nadie verá. La mano suspende, sin embargo, el ademán de despedida, y acude a secar una lágrima. La única.